

# La cruz de la misión de Bourg-en-Bresse

---

H. Javier Marquínez

Eran las dos de la tarde del 24 de abril de 1820. La procesión estaba a punto de ponerse en marcha. Todo el pueblo de Bourg-en-Bresse y de las pequeñas poblaciones vecinas se había echado a la calle para participar en aquel magno acontecimiento. Hoy era el día elegido para plantar la cruz de la misión.

En la plaza de la parroquia de Notre-Dame, en el centro de la ciudad, no cabía un alfiler. Las campanas doblaban con intensidad, como en las grandes solemnidades, y la gente gritaba para poder entenderse a pesar de las órdenes que salían de todos los sitios .

—Los gendarmes a caballo delante, por favor, —decía a gritos un empleado municipal que parecía estar al cargo de toda aquella parafernalia—. Avancen ya para ir abriendo camino.

Efectivamente, los seis gendarmes a caballo con uniformes de gala, en los que destacaba el bronce de los botones y charreteras y el color predominantemente azul de las telas, ya habían emprendido la marcha para abrir el cortejo. Se habían situado en dos filas que ocupaban todo el ancho de la carretera. Avanzaron unos metros y volvieron a detenerse para que el resto de la comitiva pudiera situarse en orden detrás de ellos .

La chiquillería procedente de las distintas escuelas de la ciudad iba a continuación, cada grupo precedido por el estandarte de su colegio llevado por los alumnos más aplicados. El orgullo de pertenencia de los niños era evidente y todos trataban de portarse bien y permanecer en su fila. Ayudaban a este propósito los severos maestros que custodiaban a los escolares mientras caminaban en los bordes de la formación.

Una mancha blanca y grácil seguía a la procesión de los niños. Eran las muchachas adolescentes de la ciudad, vestidas con castas túnicas de blanco inmaculado. El rubor de su primera procesión aparecía en sus mejillas ante la exposición pública de la belleza que hasta entonces había permanecido oculta y muchas veces ignorada.

Continuaban las madres de familia, de negro riguroso y expresión adusta, la mayoría de ellas tocadas con mantillas también negras, un muro en el campo de batalla de la familia y las buenas costumbres.

Y por último, los sacerdotes que habían predicado durante la misión. El padre Mioland, jefe de la expedición, acompañado de Barricand, Ballet, Chevallon, Carrand, Dufêtre y el padre Coindre. Precedían a las autoridades civiles, judiciales y militares de la ciudad. Allí estaban el alcalde, los concejales, el personal del ayuntamiento, los funcionarios de justicia y también los vecinos más distinguidos: comerciantes y gente destacada de las profesiones liberales.

Al final del cortejo, por fin, la gran cruz reposaba inclinada en unas enormes andas de madera recubiertas por un paño rojo intenso. Alrededor de la cruz había guirnaldas de flores que ponían el contraste de color a los materiales de la cruz: hierro forjado con remates de bronce y de plata.

Veinticuatro hombres se habían colocado bajo las andas. Muchos llevaban paños en la cabeza y sobre los hombros para tratar de moderar el daño de la carga. Al grito sordo del capataz, exigiendo

atención, siguió una orden severa, “allez”, y el monumento se elevó hacia el cielo. El conjunto pareció temblar, vaciló en el aire durante algún tiempo, hasta que al fin se quedó quieto, inmóvil. Solo entonces la procesión comenzó a moverse como si fuera un solo cuerpo con capas de distinta textura

El cortejo enfiló muy lentamente la avenida que separaba la iglesia de Notre-Dame del Monasterio Real de Brou. Este último es una obra maestra de la arquitectura del siglo XVI, mandado construir por Margarita de Austria para que sirviera de mausoleo a su esposo, Filiberto II de Saboya .

La comitiva avanzaba muy lentamente. A ambos lados de la amplia avenida se agolpaba la multitud que llevaba horas esperando la procesión. De vez en cuando, el cortejo se detenía y los veinticuatro hombres que cargaban la cruz salían de debajo de las andas y eran sustituidos inmediatamente por otro grupo que esperaba su turno. El trabajo era tan penoso que había hasta catorce grupos distintos de hombres de todas las edades.

A pesar de cierta contención entre los espectadores, el ambiente era festivo y de celebración. Nadie quería perderse el espectáculo. Había muchos niños y muchachos que se habían subido a los plátanos de sombra que jalonaban el recorrido, para no perderse ni un detalle de todo lo que pasaba.

Después de un largo trayecto, la procesión, y con ella la cruz, llegaron a la fachada principal del monasterio. La blancura del mármol, el trabajo delicado de los escultores renacentistas, era como un anuncio de las puertas del cielo. Se hizo el silencio. Un grupo numeroso de hombres cargaron con la cruz, ya fuera de las andas, para depositarla junto a una base de piedra que se había levantado a pocos metros de la iglesia. Con la ayuda de larguísimas cuerdas sabiamente colocadas lograron izar la cruz e introducirla suavemente en el centro del zócalo. Nadie hablaba y las órdenes del capataz se escuchaban como si estuviera solo en la plaza. La cruz quedó encajada sólidamente en su definitivo emplazamiento. Medía unos 5 m de altura, los brazos formados por cuatro varillas de hierro terminadas con corazones en los extremos. En el centro, una corona de rayos, también de hierro fundido y un corazón dorado, de bronce, rodeado de una corona de múltiples y puntiagudas espinas. Junto al zócalo, en la base cuadrangular de la cruz, se puede leer todavía la inscripción distribuida en los cuatro puntos cardinales: 24 de abril de 1820.

Una vez concluida la difícil maniobra de la plantación de la cruz, la multitud prorrumpió en una atronadora ovación; después se hizo el silencio más absoluto. El padre Coindre subió al pedestal y con voz potente y magnífica dijo: “ciudadanos de Bourg, en nombre de esta cruz, en nombre de Jesús que murió perdonando a sus verdugos os pido más que el perdón, que perdonéis las injurias, que olvidéis las amarguras del pasado. Esta cruz os trae la paz, la unión, la concordia para todos vosotros”.

Junto a la cruz estaba un joven que anotaba cada una de las palabras del orador y hacía apuntes sobre todo lo que veía alrededor. No nos ha llegado el nombre de este periodista, porque entonces la profesión era una actividad fundamentalmente anónima, pero conservamos su texto. Pocos días más tarde, el 2 de mayo de 1820, su crónica era publicada por el “Drapeau blanc, un periódico conservador de tirada nacional, donde dejaba constancia de que el Padre Coindre proclamaba su mensaje de paz ante una multitud emocionada, y se oía una vez más la voz de Dios en el mundo.